

SABOR A SANGRE.

*Si en la noche me entretengo en las estrellas
Y capturo la que empieza a florecer
La sostengo entre las manos mas me alarma
Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio
Y coincidir.*

Alberto Escobar

Al pasar por la droguería de *Chepe Angarita*, “Moreno” vio en su reloj que eran las 7:20. Tenían que apurarse, ya que sabía que *Héctor Fernández* salía a las 7:30 a recoger a su madre del grupo carismático, donde ella iba a rezar los jueves. Todo esto estaba anotado en una libreta que les habían entregado, el niño que usaron como “campanero”, para hacerle seguimiento. “Moreno”. Sabía que solo necesitaban tres minutos para llegar y poder interceptar a Héctor saliendo de su casa. Saboreó la vibración del motor dos tiempos de la DT en sus piernas. Giró su mano derecha para acelerar a fondo la moto, sintiendo el sudoroso y agrio cuerpo del “Pielroja”, el encargado de disparar, que en ese momento lo apretaba por la espalda. Tuvo una leve náusea que lo hizo desacelerar un poco para que el cuerpo de su compañero se alejara.

Bajaron por la calle empedrada de El Embudo, desacelerando la moto hasta alcanzar una velocidad normal, para evitar la vibración producida por las piedras, al llegar a lo plano volvió a subir la velocidad hasta llegar a los 110 kilómetros por hora. Calculando que Héctor saldría en dirección sur, hacia Villanueva, se acercarían por detrás y le dispararían por la espalda. Querían evitar un tiroteo y hacer el trabajo de manera limpia.

Tomaron por el barrio *La Costa* con dirección sur hasta llegar al barrio *Milanés*. Una pequeña subida dividía *La Costa* de la *Milanes*. Cuando alcanzaron la cima, pudieron ver a Héctor levantando la pierna para montarse en su moto. El asunto iba a ser cuestión de microsegundos.

- “*Pielroja*” Hijueputa, hágale marica, hágale.... le dijo mientras se abalanzó hasta el punto de encuentro

“Pielroja” sacó su Pietro Beretta 92, que guardaba en su cinto trasero del jean. Logró apretar el gatillo, pero “Moreno” movió la moto cuando notó que salía el niño de otra casa, con tan mala suerte que las balas no impactaron contra la humanidad de Héctor, sino contra la del niño. Héctor respondió rápidamente sacando su Smith and Wesson y calibrando el primer proyectil en medio de los ojos del “Pielroja” y el resto en el tórax del “Moreno”.

“Moreno” sintió que le faltaba el aire, como cuando pequeño le metían un pelotazo en la boca del estómago. Logró pensar que lo mejor era estrellar la moto con toda velocidad contra el cuerpo de Héctor para, por lo menos, terminar su trabajo y eso

alcanzó a hacer antes de sentir ese sabor a óxido en su boca y esa pesadez en todo su cuerpo que lo llevó a un sueño profundo.

La llanta de la moto impactó a 90 kilómetros por hora contra las vísceras de Héctor, reventando su cavidad abdominal y provocando que una mezcla de sangre, bilis y materia fecal se precipitara por su boca y su ano, ahogándolo y apagando de manera nauseabunda su último aliento de vida.

En medio de esa oscura laguna de sangre, pólvora y gasolina, el niño aún conservaba la vida. Los tres proyectiles torpemente disparados por "Pielroja" le habían dado en los pulmones, el hígado y un brazo, respectivamente. No escuchó la explosión de los otros disparos y empezó a sumirse en un sueño viscoso, un sueño del cual luchaba por no dejarse llevar.

Despertó bruscamente de ese sueño cuando cuatro vecinos lo sacaron de debajo de los cuerpos atados del "Moreno" y "Pielroja". Sentía un sabor salado en su boca y le dolía horriblemente el brazo. Cuando movieron los cuerpos que lo cubrían, gritó porque sus fuerzas no le alcanzaron para soportar aquella tortura.

Las voces de los vecinos se esforzaban por mantenerlo despierto, aunque veía los rostros y escuchaba las voces, ninguna de las dos lograba concatenarse. Sentía angustia y miedo, pensaba que aquel accidente lo había propiciado él. Logró tener un oasis de tranquilidad en medio de su ansiedad y dolor cuando supo que no había sido un accidente de tránsito, sino que habían sido balas las que lo habían derribado y le causaban tanto dolor. "Por lo menos me voy a salvar de la juetera de mi mamá", pensó.

La ambulancia no llegó para llevarlo hasta el hospital, así que tuvieron que llamar a un taxi. Un vecino que sabía un poco de primeros auxilios lo amarró a la tabla de una cama para usarla como camilla, usando unas camisas, le pusieron una compresa en la herida del hígado, que era la que supuraba sangre a borbotones. Sin embargo, su cara iba tomando una lividez propia de los que ya no iban a volver a este plano terrenal.

Lo ingresaron al taxi, primero metiendo los pies en la silla trasera del carro. Cuando iba a entrar su torso, puso resistencia con su único brazo bueno y volteó su cabeza para notar que las señoras de la cuadra estaban tratando de tapar los tres cuerpos tendidos en el suelo de la calle con sábanas viejas. Él entendió lo que eso quería decir y, peor aún, entendió que el siguiente era él. Estaba a punto de perder la razón por ese sueño que lo dominaba de nuevo, cuando alguien le tocó los labios con un algodón mojado. Trató de sonreír, pero le fue imposible y escuchó que la mujer que lo hidrataba decía: "Está *tierroso*, no me gusta ese color".

El niño, cuyo nombre nadie había preguntado, iba acompañado, en el taxi, por el vecino que había usado la tabla de la cama como camilla.

El vecino no hacía más que gritarle al conductor del taxi que acelerara mientras apretaba la herida en el hígado del niño y observaba impotente cómo el poco aire que el niño podía acumular en los pulmones escapaba por el orificio de entrada, en los pulmones, que estaba unos centímetros más arriba, y el hueso de su brazo destrozado se asomaba por su respectiva herida.

El niño se lamía los labios en busca de agua, pero era inútil; solo encontraba sangre. Miraba al vecino, sonreía tensionando las comisuras de los labios. Hacía mucho que el dolor había pasado. Ahora era un espectador de esta dantesca escena, un espectador que miraba desde dentro de una escafandra que se hundía en un océano de sangre. El vecino respondía al esbozo de sonrisa con una sonrisa que dejaba ver todas sus piezas dentales delanteras y le decía:

"Niño, vas a estar bien". Mientras le agarraba la mano flácida y fría por el shock hipovolémico.

Sintió náuseas cuando el carro aceleró aprovechando la soledad de las ocho de la noche, al llegar a la esquina de la catedral en el parque 29 de mayo. Pero el impulso, del carro, duro poco, cuando se enfrentó al cuello de botella que existe entre la esquina del Banco Bogotá y la casa de la cultura. El niño empezó a tener contracciones en el estómago y a vomitar pedazos de hígado. El vecino respondía gritando con más ahínco - "¡Se nos va, se nos va!" El taxista empezó a pitar y a gritarle a todos que llevaba un herido. Los ojos del niño se habían abierto al máximo y se cubrían por una tela que había convertido el dulce color almendra de sus iris en un color café con leche. Empezó a desvanecerse a la par que su corazón lentamente dejaba de latir, mientras, ese sueño lo entraba en una realidad que no le era conocida.

Era él pero a la vez no era él, sabía que no pertenecía a ese lugar pero algo le decía que ese nuevo lugar era su realidad, de pronto aquel choque y aquellas balas eran parte de una pesadilla. A medida que empezaba a despertar el sabor a sangre se hacía más fuerte en su boca. Sus manos habían dejado de ser blancas y ahora era color bronce, estaba semidesnudo y podía notar como sus brazos tenían marcas de cortadas de hierba, achiote y carbón, era el camuflaje perfecto para aquella selva. Era extraño, nunca antes había tenido un sueño donde sintiera un sabor y más raro aún que esa sensación persistiera al despertar. Tomó un puñado de orégano que llevaba en su cinto, por si lo picaba una culebra, y lo masticó para quitarse el sabor a sangre que le había quedado del sueño. Sintió los pasos de los caballos, lo que lo hizo despertar por completo y empezó de nuevo a correr por el suelo. No alcanzó a esconderse en las copas de los árboles y desde ahí disparar sus flechas como lo había hecho antes. Tenía que correr hasta encontrarse con el río Tarra, donde podría nadar y tomar distancia de los cazadores de la *Gulf Oil Company* que lo seguían de cerca. recordó que la monja que los instruía en el resguardo le había dicho que era el año 1930, aunque el personaje que estaba dentro de él recordaba que estaba viviendo en 1998, que había nacido en 1986 y que le hacía trabajos a los paracos a cambio que le dieran un Nintendo 64.

Pero ahora era otro, era un Bari, que había sido entrenado para disparar flechas y enfrentar a los colonos, la confusión le hizo doler la cabeza, sintió de nuevo el sabor a sangre y echó a correr para donde sabía que estaba el río; Los cazadores le tenían miedo a un río tan caudaloso y lleno de babillas, no sabían sortear los remolinos como lo sabían hacer solo ellos, los Motilones.

El sabor del orégano, extrañamente, no permaneció el tiempo que solía durar. Solo unos pocos segundos para darle paso al sabor a sangre que le embargaba la boca.

"*Sabe a gringo*", pensó, y empezó a aceptar el extraño sueño que había tenido al lado de la raíz de un árbol que lo acogió un par de horas y le brindó descanso. Revisó su arco y se dio cuenta de que le quedaban cuatro flechas con la punta envenenada, sabía que no se iba a ir solo. Sintió miedo y nostalgia al pensar que podría no volver a ver a su madre. Ya quedaban muy pocos niños como él en *Irocobincayra*, desde que empezó aquella horrible concesión habían ido los colonos matandolos a todos. Su madre sabía que era muy probable que no volvieran a encontrarse. Pero entre los *Bari*, los niños que cumplen 10 años deben tomar su arco, carcaj, flechas y defender la tierra de los demonios blancos que quieren extraer la sangre negra de *Sabaseba*.

Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedarse inmóvil, temblando. Se quedó quieto apenas respirando, saboreando el sabor a sangre que le había quedado de su sueño. En esa noche de boca de lobo, se podía ver que los alrededores del resguardo de Iroconbincayra empezaban a teñirse de color bermejo como un atardecer, lo que significaba que los cazadores habían llegado y estaban quemando la maloca. Todo era silencio, no se volvió a escuchar el trote de los caballos. Esto lo llevó a colocarse en una postura semierguida. A tientas, empezó a caminar hacia donde suponía que estaba el río que lo alejaría de la aldea y de los cazadores. Deseaba echarse a correr, pero sabía que eso podría costarle la vida. Se orientó en la oscuridad y sintió un sabor a sangre más horrible que el que temía, lo que lo hizo moverse más rápido, escuchó una explosión y un zumbido que lo dejó sordo, luego tuvo una fuerte presión en el pecho que lo llevó a sumergirse de nuevo en un sueño denso como baba de sapo

- ¿Está muerto?

- No, aún no. Está respirando. Todavía lo podemos salvar, mientras decía esto le oprimía el pecho con las dos manos

Los médicos y enfermeras se abalanzaron sobre él, y con tijeras rasgaron su ropa hasta dejarlo desnudo. Su pequeño cuerpo de 12 años todavía no había empezado a desarrollarse y apenas estaba apareciendo el vello púbico en forma de lana, como el de los pollitos recién nacidos.

La enfermera le tomó el brazo y noto una mezcla extraña de tierra, achiote y carbón en este, pero no le dio importancia pues pensó que eran rastros del

accidente. Limpio con algodón haciendo un pequeño círculo y se dispuso a introducir el catéter para poner la dextrosa a chorros. luego le empezaron a dar golpes en su tórax el segundo golpe fue el que lo sacó de aquel extraño sueño que estaba teniendo, en esa selva perseguido por colonos que querían acabar a toda una tribu. Se sintió extraño al ver que estaba en el hospital, donde todo era blanco y había luces incandescentes por todos lados. Era fácil confundirse con la idea que se había hecho del cielo.

La camilla que lo había recibido del taxi se encontraba momentáneamente detenida en urgencias, mientras una enfermera sacaba con la ayuda de una jeringuilla una muestra de sangre para poder determinar su grupo sanguíneo y empezar a hacerle transfusiones, aunque la pérdida estaba muy avanzada.

Enseguida salió la aguja de su brazo, y los enfermeros empujaban la camilla a toda prisa hacia la sala de cirugía. El niño escuchaba cómo uno de ellos le decía:

- Hijo, no te duermas. ¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? Rápido, rápido, el pegote se nos va...

Quiso hablar, decirles su nombre, contarles que no se estaba muriendo, que había visto una selva, que él por unos minutos había dejado de ser el niño que es y que había sido un niño Barí, que recordaba como se lanzaba un flecha, que era solo un sueño lo que tenía, y que no le dijeran nada a su mamá para que no le pegara. Trató de abrir la boca, pero la sangre se había vuelto como pegamento y no le permitía decir nada. Solo abrió la boca por reflejo para dejar salir un pedazo de sangre coagulada o de hígado.

Le sonrió al enfermero y, frente a la luz de la sala de cirugía, cerró los ojos de nuevo mientras escuchaba un pitido, que emite una maquina a la que estaba conectado, que envolvía la sala. Sintió como dejaba de entrar aire a sus pulmones y empezó de nuevo a hundirse en aquel sueño, por un momento estuvo feliz pensando que pronto sabría la historia de aquel niño indígena, que era el, que había soñado o que de pronto había despertado

La explosión proyectó una luz intensa que entró por la ventana e iluminó todo el cuarto durante unos segundos. Esto le permitió a él ver que no estaba en aquella selva, que se encontraba dentro de una casona antigua, vio un zapato y las baldosas de barro cocido que cubrían el suelo de toda la casa. De reojo y antes de que la luz desapareciera, pudo distinguir las patas de la cama y las tablas de la misma, se encontraba refugiándose debajo en aquel búnker improvisado e inútil que supuestamente lo iba a salvar esa noche, pudo ver un cuaderno, lo abrió y aprovechando la luz del incendio de la casa del frente pudo leer: Aritmética, Escuela Nueva De Nuestra Señora Del Carmen, 1949.

"¿Amaaá, ¿dónde estás?" no tenía la mínima idea de porque, este nuevo niño que era él, estaba llamando a su madre, en aquel extraño lugar, pero ahora él era el

que actuaba y él era un espectador desde dentro de aquel asustado cuerpo. otra vez se confundido y sintió el sabor a sangre en su boca.

Sintió un sabor a hierro en la boca y un fuerte dolor en el estómago y en el brazo. Pensó que el sueño que había tenido era real, que las personas vestidas de blanco que le hablaban eran verdaderas y que el miedo a morir que había experimentado en su sueño era más cierto que el aire impregnado de humo de pólvora que respiraba en su pueblo de calles empedradas.

"Hijo, no te muevas de ahí. Yo estoy con tus hermanos y tu padre, no te vayas a mover".

"Ama, tengo ganas de orinar..."

"Pues, orínate en los calzones, pero no te muevas, hijo."

Revisó su brazo pensando que el dolor que sentía no podía ser una fantasía, pensó que quizás estaba herido y no se había dado cuenta. vio el circulo donde le había inyectado la dextrosa, noto unos rastro de carbon y achiote de su anterior trasmutación. Pero no había nada de heridas, estaba intacto, todo había sido un sueño: la carrera desnuda por la selva buscando un río, el viaje en el carro y la sangre que le salía del estómago, todo había sido una pesadilla.

Cuando escuchó la primera explosión y la primera ráfaga, se escondió debajo de la cama. Sus padres y hermanos habían hecho lo mismo, pero en habitaciones diferentes. Al principio se comunicaban a gritos, pero luego su madre le mandó a callar y el sueño se apoderó de él, ese sueño lo llevo a aquellas visiones del futuro y del pasado, pero en este momento no sabía quién era su verdadero yo, si el del treinta el del cuarenta y nueve o el del noventa y ocho y quienes eran los sueños que tenia.

-Cachiporros hijueputas, salgan que les habla el teniente Alba, entréguenme al *Mocho Roper* o si no les voy a quemar todo El Carmen, ahora no está su Tablanca que los defienda.

Aquella letanía se repetía una y otra vez antes de que se sintieran las ráfagas impactando contra el frente de las casas vecinas. Hubo una explosión fuerte muy cerca, un pitido en sus oídos y luego silencio. Pensó que era la señal para correr a los brazos de su mamá, pero no se había dado cuenta de que estaba sordo por la granada que había impactado a unos metros de su cuarto. Salió de debajo de la cama y cuando empezó a correr, vio los huequitos que se iban haciendo en las ventanas de madera, dejando pasar pequeños rayitos de luz que se prendían de su cuerpo. El sabor a óxido de la sangre se agudizó en su boca, no hubo más sensación que ese sabor .

El pitido había pasado hace unos segundos. Alguien había apagado la máquina que lo causaba. Él sentía que su cuerpo lo movían y que alguna enfermera

lloraba, mientras él trataba de abrir los ojos, lo cual era imposible a estas horas. Moverse era impensable. Ya estaba muerto pronto todo se esfumaría

Sintió cuando su cuerpo fue puesto sobre una losa fría, comenzó a ver todo desde arriba, noto que el hospital había cambiado, que los enfermeros y médicos vestían de otra forma que el cuerpo del cual se había desprendido no era el de él, era otra visión, lo extraño que esta la tenía desde afuera de un cuerpo.

Escuchó una voz que daba órdenes y sonaba como un trueno. No supo si se refería a él o a alguno de los otros que estaban en ese sitio, a los que podía presentir aún sin verlos.

-Coronel, menor de 12 años impactado, 13 de mayo de 2006, vereda la tiradera municipio de Teorama.

"A ese pónganle unas botas, un revólver y digan que fue dado de baja en un enfrentamiento arriba en el C A T A T U M B O".

-Coronel solo tenemos dos botas izquierda

-y a mi eso que hijueputas me importa

Luego, todo fue sabor a **sangre**.